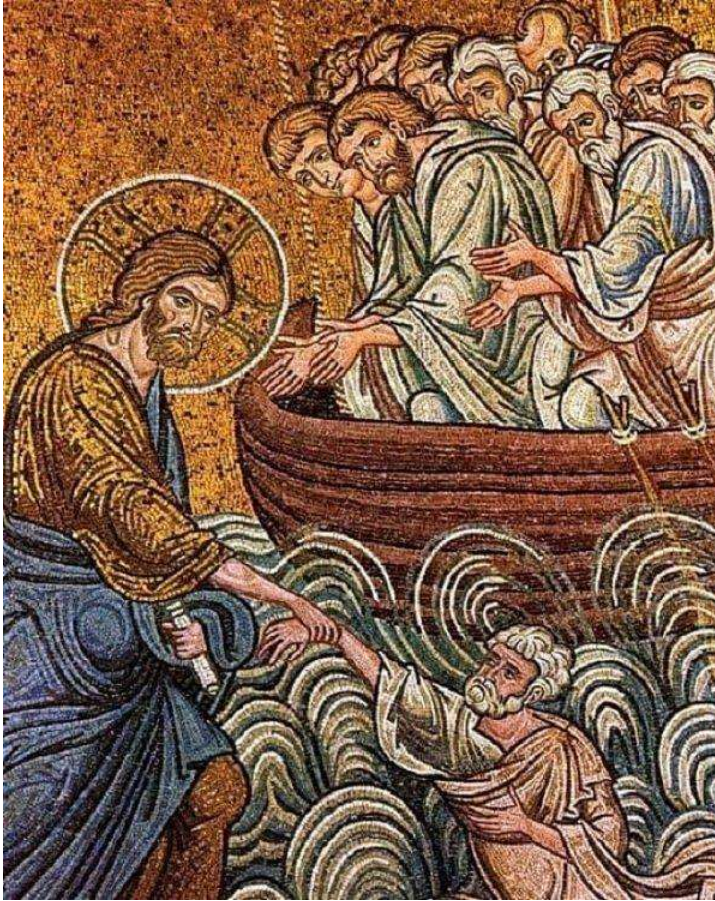


Domingo XIX – La fe que vence el miedo

El relato de Jesús caminando sobre el agua se encuentra en tres de los evangelios (Mateo, Marcos y Juan), pero la versión de Mateo es la más extensa y compleja, porque es el único que incluye la escena protagonizada por Pedro. De este modo, su relato se compone de tres partes: los discípulos en la tormenta, Jesús que viene hacia ellos caminando sobre el agua y Pedro que camina sobre el agua hacia Jesús. Pero las tres escenas están unidas por el mismo tema: la tensión entre el miedo y la fe, y cómo en todos los casos prevalece el primero.



Mosaico bizantino, Catedral de Monreale, Sicilia (c. 1180–1190)

En efecto, después de la multiplicación de los panes, Jesús les ordena a los discípulos que crucen a la otra orilla del lago mientras Él se retira a orar (su proyecto inicial, interrumpido por la multiplicación de los panes). En medio del lago los aquéllos se encuentran en apuros por el mal tiempo, que zarandea la barca. Que se asustaran es natural, pero, a pesar de todo, hubiera debido prevalecer la fe: no podía ser que Jesús los hubiera enviado a la muerte.

En la cuarta vigilia (cerca del amanecer), Jesús viene a ellos caminando sobre las aguas. Al verlo, se asustan todavía más y lo toman por un fantasma. De nuevo, aunque la reacción es comprensible, deberían haber contado con la

posibilidad de que fuera realmente Jesús, quien acababa de mostrarles un poder más que humano al alimentar milagrosamente a una multitud y, más aún, busca que lo reconozcan diciéndoles: “No teman. Soy Yo”.

Y, finalmente, el relato se enfoca en Pedro, cuya fe debía ser el fundamento de la Iglesia pero que, ante esta manifestación de Jesús, reacciona con desconfianza: “si eres tú, mándame ir a ti sobre el agua”. Jesús se lo permite, pero ante la fuerza del viento se atemoriza y comienza a hundirse. Entonces, Jesús lo rescata y le dirige un reproche: “¡Hombre de poca fe! ¿Por qué has dudado?”

Este reproche –en el fondo dirigido a todos los discípulos en la persona de Pedro– debemos tomarlo en toda su seriedad. Los apóstoles debían estar orgullosos de su fe como discípulos de Jesús, y Pedro estaría convencido de que su fe era superior a la de sus compañeros. Sin embargo, Jesús desmiente

esta valoración que tienen los apóstoles de sí mismos: les hace entender que, pese a su entusiasmo, son hombres de poca fe. Seguramente estas palabras quedaron impresas en ellos como un recuerdo doloroso e indeleble, un llamado permanente a la humildad.

Quizás el juicio de Jesús nos parezca injusto. Espontáneamente nos ponemos del lado de los apóstoles pensando que nosotros hubiéramos reaccionado de la misma manera que ellos. Pero Jesús no dice que ellos no hubieran debido tener miedo, sino que no hubieran debido dejarse dominar por el miedo, es decir que, aun en la situación tan difícil que tuvieron que atravesar, hubieran debido conservar la fe.

La tormenta y mar son una imagen del caos que puede irrumpir inesperadamente en nuestra vida. Y así como quien se ve sorprendido por una tormenta en medio del mar sufre la pérdida de todas referencias habituales (dónde está la tierra firme, los puntos cardinales, dónde es arriba y dónde abajo), hay situaciones de la vida en que desaparecen todas nuestras referencias familiares y nos sentimos amenazados por el caos. Incluso podemos afirmar que en nuestra vida inevitablemente se suceden etapas en las que prevalece el orden y otras en las que prevalece el caos. La fe no puede ser sólo para las primeras. Por el contrario, es especialmente cuando atravesamos situaciones de caos en las que nos sentimos perdidos, cuando más debemos preservar la referencia de la fe en Jesucristo, para que el caos en torno a nosotros no se convierta también algo mucho más grave y peligroso: el caos de nuestro corazón, la tormenta interior.

De ahí la relevancia de la imagen de Jesús caminando sobre las aguas. En la Biblia, las aguas representan con frecuencia el caos. Pero Dios está por encima de las aguas y de la tormenta: el caos no es una especie de “contrapoder” que puede hacer frente a Dios: es Dios quien gobierna y quien le fija su límite. En Jesús que camina sobre las aguas se hace presente, entonces, el poder soberano de Dios.

Aunque estemos en medio de la tormenta, no perdamos nunca la referencia de la fe en Jesucristo: Él es aquél que tiene poder sobre todo aquello que nos amenaza y el que vendrá en nuestro auxilio, infaltablemente y nos rescatará, siempre que no lo confundamos con un fantasma y nos dejemos hundir como Pedro por la falta de confianza en su amor. No dejemos nunca que prevalezca el miedo. Sepamos ser, en cualquier circunstancia, personas de fe.

Pbro. Gustavo Irrazábal

9-8-2026